

LA VOZ DE
JOSÉ ÁNGEL VALENTE

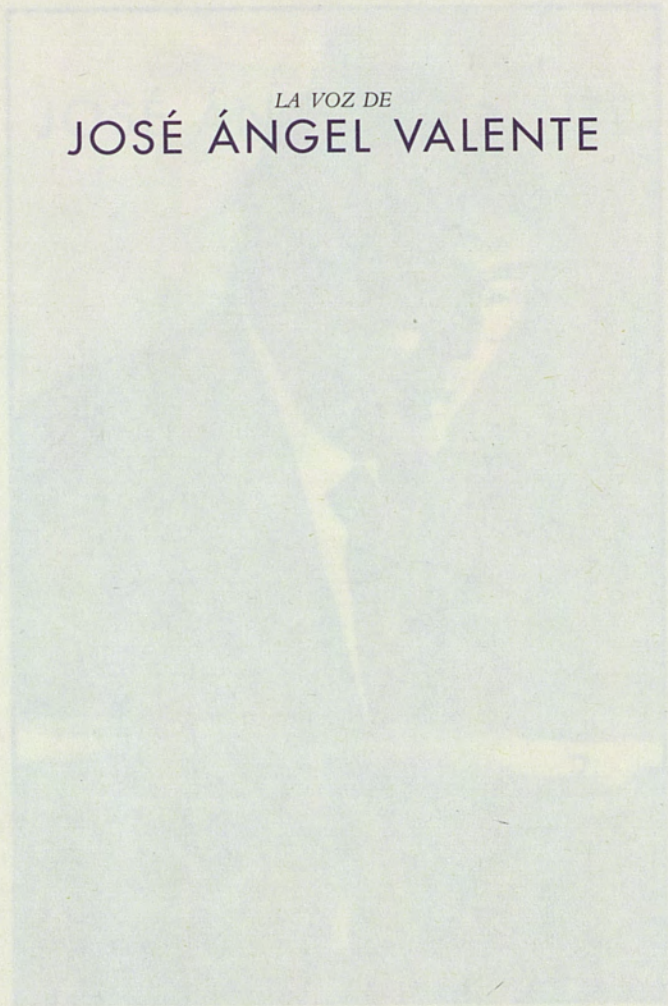
POESÍA EN LA RESIDENCIA

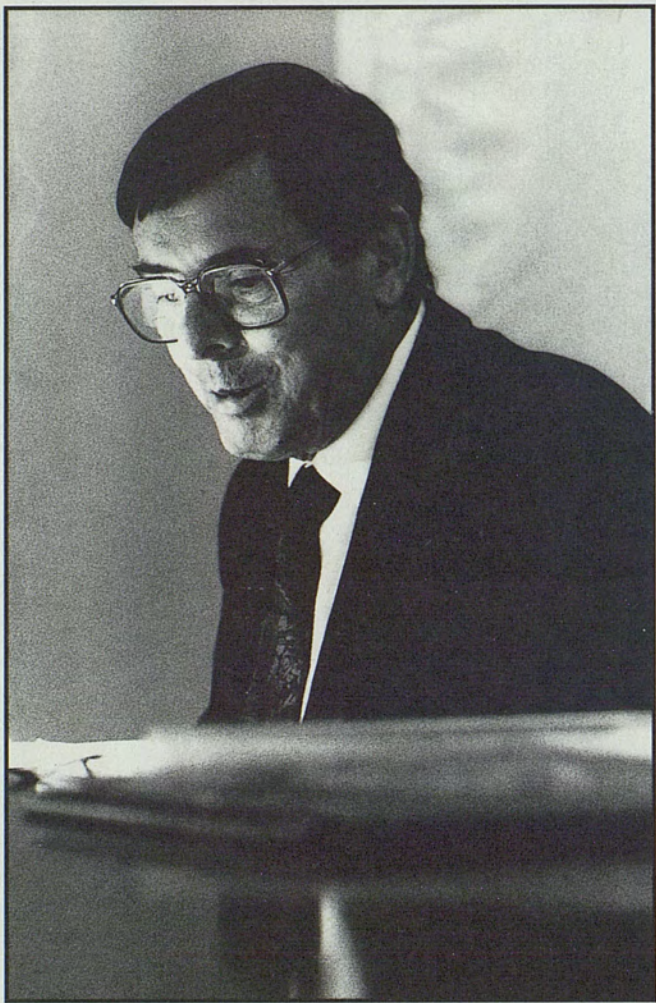
CONTIENE CD



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

LA VOZ DE
JOSÉ ÁNGEL VALENTE





LA VOZ DE
JOSÉ ÁNGEL VALENTE

POESÍA EN LA RESIDENCIA



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

*Este libro ha sido editado gracias
al patrocinio de la Fundación Autor,
de la Sociedad General de Autores y Editores*



© de los textos: Sucesores de José Ángel Valente

Voz e interpretación de José Ángel Valente utilizadas bajo licencia
de Sucesores de José Ángel Valente

© de esta edición: Asociación de Amigos
de la Residencia de Estudiantes, 2001

Procesado y transcripción digital: ESTUDIO MULTIMEDIA, SGAE

Fabricación CD: CONTROL SYS

Diseño gráfico: ÁREA GRÁFICA

Impresión: JULIO SOTO

Encuadernación: RAMOS, S.A.

I.S.B.N.: 84-95078-99-6

Depósito legal: M-21635-2001

Impreso en España

ÍNDICE

LECTURA DE POEMAS DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE	
<i>13 de abril de 1989</i>	9
Reseña biográfica	43
Bibliografía escogida	47
Índice de procedencia de los poemas y textos	51
Índice de primeros versos	55

En efecto, yo no estoy aquí hoy por azar ni tampoco para un acto propiamente literario. Yo quisiera que esta lectura fuese, ante todo y sobre todo, un homenaje viviente al fundador de esta casa, don Alberto Jiménez Fraud.

De su muerte van a cumplirse, en breves días, veinticinco años —don Alberto murió en Ginebra el 23 de abril del año 64—. Los restos de don Alberto fueron trasladados a fines de 1969 al cementerio civil de Madrid y depositados en la misma sepultura donde reposan los de Sanz del Río, Fernando de Castro, Gumersindo de Azcárate, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Esta simple enumeración basta para que entendamos hasta qué punto hay en esa lápida toda una página de la historia española cuya lectura yo considero hoy absolutamente irrenunciable.

Esta casa, la Residencia, nació en el espíritu de su fundador como lugar de la amistad y del diálogo, como un alto lugar de la cultura o del espíritu, entendidos ambos como espacio de encuentro y de unificación de los saberes y de las artes, de la investigación y de la creación.

A la obra y a la figura irradiante de don Alberto nos une para siempre la virtud de la fidelidad, porque, en efecto, uno ha de ser fiel a lo que ha tenido por bueno en su vida.

QUERIDO Alberto —escribía el 27 de mayo del año 1945 Juan Ramón Jiménez—. Desde luego, yo soy fiel a lo que *he tenido por bueno* en mi vida, y los recuerdos de don Francisco Giner están vivos en distintos lugares de mi escritura. No sé si le dije a usted que envié un librito de *Canciones* a Darro y Genil y que les ofrecía *tres* al año si ellos querían iniciar una serie de *quin-ce* o *veinticinco*. Yo tengo muchas series breves de verso y prosa (no dadas en libro), por ejemplo, los *Olvidos de Granada*, que también enviaría a Manolo Jiménez y a Paco Giner. En esas páginas, don Francisco está evocado en Cádiz, Ronda y Granada. Y en el libro *Trasunto* (que dará Losada pronto) incluyo lo que tengo aquí del libro sobre don Francisco, en el que siempre he seguido trabajando y que ahora sería un volumen como *Españoles de tres mundos*. En ese libro está su silueta, Alberto, y la de la sombra de Natalia. O la luz, para ser más exacto. Ese libro es el dedicado a usted, pero sospecho que entre lo robado en nuestros pisos de Madrid, que no volveré quizás a ver, están las páginas inéditas que hasta hoy lo formaban (en periódicos de Madrid he leído alusiones a ellas en

notas anónimas de los escritorzuelos del grupo que robó mi casa, y se fundaban en ellas para decir que yo era *un peligro para España* y que se me debía dejar morir en La Florida). Sea como sea, y porque en *Trasunto* va mucho de «La Colina» —de esta colina— también, he puesto su nombre, Alberto, al frente.

He leído este fragmento de la carta de Juan Ramón en la transcripción hecha a mano por el propio don Alberto¹. Y éstas serían las formas de la fidelidad a las que he hecho alusión y de las que me siento absolutamente partícipe.

Hace algunos años, y a propósito de don Alberto y de Juan Ramón Jiménez, escribí un texto del que quiero extraer el fragmento siguiente. El texto en rigor era un comentario de la carta que acabo de leer fragmentariamente y se titulaba, precisamente por eso, «Morir en La Florida»², y el texto decía:

QUIEN esto escribe compartió, casi diariamente, la vida de Alberto Jiménez Fraud desde 1955 hasta el 23 de abril de 1964. Primero en Oxford; en Ginebra después. Fue él, en efecto, quien, con Natalia Jiménez, su hija, acompañó también a don Alberto en sus últimos instantes. Nadie más, por la cruel imposición de las distancias, estaba en aquella hora allí. Don Alberto

vivió esa hora con la misma elegancia y dignidad con que había vivido todas. Entró en ella sin descompostura ni temor. Como si en él se hubieran cumplido, en modo poco sólito, las palabras de un texto de destierro, un texto de Maquiavelo que él amaba y que tan delicadamente comentó a su vez: «non temo la povertà, non mi sbigottisce la morte».

Estuvo fundada esa compañía y amistad de don Alberto en la conversación. «La conversación sostenida —escribió él en un cuaderno de notas que quedó en mis manos después de su muerte— y la vida en común entre maestro y discípulo van acumulando un combustible que de pronto se enciende en el alma.» Conversación sostenida; plática, solía también decir él. Y, en efecto, la palabra plática infunde más sosiego; la presencia de la doble vocal blanca hace nacer de ella más espacio y quietud. La poesía fue con frecuencia sujeto principal de aquellas pláticas. En realidad, cualquiera que fuese la materia conversada, estuvo siempre presente en ellas.

Mantuvo don Alberto una relación privilegiada con la poesía y con los poetas. Repetir aquí la extensa y conocida nómina de los que vivieron en la Residencia de Estudiantes sería absolutamente ocioso. Quizá convenga, en cambio, recordar que José Moreno Villa fue, entre todos, su amigo más entrañable. Con Juan

Ramón Jiménez lo unió en seguida una mutua corriente de simpatía y de amistad. Juan Ramón —que fue poeta de ambas Residencias, la de Fortuny y la de Pinar— vivió esa relación con fidelidad. «Yo soy fiel a lo que he tenido por bueno en mi vida.»

En los días que siguieron a la muerte de don Alberto, yo escribí un breve poema, un epitafio, con el que quiero empezar esta lectura.

[EPITAFIO]

Alberto Jiménez Fraud, en memoria

Rodeado de cuanto,
hostil o indiferente, amenazaba
la verdad de su vida,
en tal verdad su fe mantuvo.

Fue ajeno por igual
al halago mezquino o al menosprecio
del que a expensas tal vez de él y de otros
a inmerecido monumento optaba.

Testigo de más fe, para hacernos más libres,
guardó de las palabras
en tiempo de mentira
la fuente verdadera.

Libre fue ante la muerte
con libertad que sólo
su propia vida pudo darle.

Y así en su claridad,
en su fe y en nosotros,
sobrevive.



En el espíritu de la figura que acabo de invocar, comprenderán ustedes que yo no desee invitarles a una simple lectura, es decir, a la simple comunicación de unos textos literarios. Yo quisiera invitarlos a una experiencia compartida, a una experiencia de lo que la palabra poética pueda ser; porque la palabra poética, la palabra del verso, es una palabra que no conlleva —al menos en el uso normal que damos al término— ninguna información. La palabra poética no reconoce finalidad ni se sujeta a intención. No comunica propiamente, convoca; convoca o llama hacia el interior de sí misma, y así la poesía se hace o es experiencia de la interioridad de la palabra.

El poema es ante todo un lugar, una estancia, una morada, una casa; habitación donde el estar y el ser se unifican o, como Machado escribió, «los seres se hacen estares». Lugar, la palabra poética, de la absoluta interioridad; *interior íntimo meo*, lo más interior de lo más íntimo de mí.

La palabra poética, cuando se manifiesta y la recibimos, nos invita a entrar en un territorio extremo, en el territorio de la extrema interioridad, en un lugar del no lugar, del no dónde, en un espacio a la vez vacío y generador, concavidad, matriz, materia *mater*, materia memoria, material memoria, origen.

De ahí que para dar comienzo a esta lectura yo desee decir en exordio el poema de *Interior con figuras*, un libro del año 1976, que lleva precisamente por título «Territorio».

TERRITORIO

Ahora entramos en la penetración,
en el reverso incisivo
de cuanto infinitamente se divide.

Entramos en la sombra partida,
en la cópula de la noche
con el dios que revienta en sus entrañas,
en la partición indolora de la célula,
en el revés de la pupila,
en la extremidad terminal de la materia
o en su solo comienzo.

Nadie podría ahora arrebatarme³
al territorio impuro de este canto
ni nadie tiene en tal lugar
poder sobre mi sueño.
Ni dios ni hombre.

Procede sola de la noche la noche,
como de la duración lo interminable,
como de la palabra el laberinto
que en ella encuentra su entrada y su salida
y como de lo informe viene hasta la luz
el limo original de lo viviente.



¿Podría ser esta lectura, que ahora empezamos a hacer ya en común, un intento de asediar esa palabra en el territorio extremo en el que solamente se constituye? En un texto, todavía relativamente reciente, he escrito:

PALABRA o voz no identificable, la palabra poética. Ininteligible, propiamente, en su aparición, porque reclama un *intelligere incomprehensibiliter* —«un entender no entendiendo»—, por el que el decir de esa palabra remite esencialmente al indecible en el que está fundada. Decir de lo indecible. Empieza la palabra poética en el punto o en el límite extremo en que se hace imposible el decir. Empieza en lo imposible. «Viaje al término de lo posible», escribió Bataille.⁴

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

(Orense, 1929-Ginebra, 2000)

Con su lectura de poemas del 13 de abril de 1989 José Ángel Valente participaba por primera vez en el ciclo *Poesía en la Residencia*, en el que desde entonces intervino en numerosas ocasiones. En su recital Valente rinde un «homenaje viviente» al fundador de la Residencia, su amigo Alberto Jiménez Fraud, en el 25 aniversario de su muerte, y a partir de él nos invita no «a una simple lectura», sino «a una experiencia compartida de lo que la palabra poética pueda ser». Una palabra que, «cuando se manifiesta y la recibimos, nos invita a entrar en un territorio extremo, en el territorio de la extrema interioridad, en un lugar del no lugar, del no dónde, en un espacio a la vez vacío y generador».

POESÍA EN LA RESIDENCIA ofrece, en un documento vivo, la voz de los grandes protagonistas de la poesía hispana contemporánea que han venido ofreciendo lecturas en la Residencia de Estudiantes desde que en 1988 Rafael Alberti inaugurara el ciclo del mismo nombre. Cada volumen incluye un disco compacto con la grabación de la lectura, junto a su transcripción y unas breves notas acerca de la vida y obra del poeta.

